

A man wearing a dark hat, a white dress shirt, a striped tie, and green suspenders is seated at a typewriter. He has a cigarette in his mouth and his right hand is pressed against his forehead, suggesting stress or exhaustion. The scene is dimly lit, with a window blind visible in the background. The typewriter has a sheet of paper in it. In the foreground, there are stacks of papers and a pen.

Santi  
Giménez  
Hombres  
de papel

Tres periodistas de la vieja escuela se citan ya retirados para pasar lo que deberían ser unos días de vacaciones tranquilos en Benidorm, una localidad tan pasada de moda como ellos mismos. Lo que deberían ser unas jornadas de comilonas y excesos varios se convierte de repente en la oportunidad de demostrar al mundo que no están tan acabados como el oficio que han ejercido.

Se embarcan en compañía de los personajes más excéntricos que pueden encontrar en una cruzada contra el magnate que años atrás arruinó su carrera y que para ellos simboliza todo lo malo que le pasa a la actividad que tanto amaron.

En un mundo que ni les gusta ni pretenden entender, estos tres hombres de papel están convencidos de que pueden volver a conseguir una historia de primera página que les permita volver a sentirse orgullosos de ser periodistas, pero el mundo ha cambiado más de lo que se imaginan.

## ¿QUÉ COÑO HACEMOS EN BENIDORM?

«¿Qué coño hacemos en Benidorm?».

Se vieron de lejos. Uno llegaba desde el ascensor tres, el panorámico, sorteando una fuente ridícula con estatua de yeso culminada con tetuda ninfa arquera asediada por un bebé tocino aferrado a sus muslos, y el otro caminaba en sentido contrario sorteando una horda de señoras belgas que aceleraban el trote camino del salón Roncesvalles para jugar al bingo. Coincidieron en la puerta del restaurante del hotel.

Antes de saludarse, Spock y Collins se miraron. «¿Qué coño hacemos en Benidorm?». No movieron un músculo, solo lo pensaron. Muy fuerte, eso sí, pero no dijeron ni mu. Ambos supieron que lo estaban pensando a la vez. No hacía falta decir nada. Se conocían desde hacía tanto tiempo que se ahorraban la comunicación oral más allá de lo estrictamente necesario.

Como los viejos matrimonios, más se entendían cuanto menos hablaban. «La confianza no da asco; bien gestionada, regala silencio», decía siempre Fernando.

De asco, silencios y gestiones podían dar conferencias. Lo de la confianza era discutible. Lo que no se entendía de ninguna manera era qué cojones hacían en el restaurante Don Pelayo del hotel Marina del Rey de Benidorm un 29 de julio a las 21.00 horas. Tras ese instante de conexión telepática se dieron un abrazo prudentemente cariñoso pero sobrio y se dejaron guiar a la mesa para tres que, después

de indagar en el libro de reservas, descubrieron que estaba a nombre de los señores don Carlos y Bartolomé Godó. Era obvio que la reserva era cosa de Fernando.

«Ahora es cuando este llega tarde. Si es que llega. Y si aparece, será como siempre, a la puta hora y borracho. Y con dos fulanas o tres desconocidos que se ha encontrado en el penúltimo bar. O igual solo se presentan las putas y los desconocidos, o todos a la vez diciendo que vienen de su parte. Y nuevamente me he dejado liar; hostia, nene, que pareces idiota, que no tienes veinticinco. Y encima, Benidorm. No te jode».

De nuevo, lo pensaron al mismo tiempo. No se oyó un suspiro, pero mientras un camarero con ínfulas les indicaba la mesa para los supuestos hermanos Godó, ambos eran absolutamente conscientes de que estaban recitando mentalmente lo mismo. Lo raro era que no sonaran sus pensamientos por la megafonía del restaurante. Llevaban años sin verse, pero hay cosas que no se olvidan. Y Fernando era una de esas cosas. Una cosa que, para su sorpresa, los esperaba sentado a la mesa.

—Va *mamao* —susurró Collins rompiendo el silencio.

Spock no respondió, pero pensó: «y borracho». No esperó la réplica. Collins, mentalmente, se contestó lo mismo. Cosas de los viejos matrimonios.

Spock y Collins aguardaron en silencio a que se produjera el ritual que ya conocían: el de la cara de pánico del camarero al ver cómo Azco, también conocido como Fàstic, también conocido como Asqueroso, pero de nombre real Fernando Azcona, se dirigía al petimetre que les iba a tomar nota con su letanía habitual tras ofrecerles las cartas y preguntar si los señores querían tomar algo mientras elegían qué iban a cenar.

—A ellos les pones una cerveza y una clara, y a mí me traes una naranja pelada y un Johnnie Walker etiqueta negra en vaso bajo sin hielo. El «sin hielo» es lo más importante que te he dicho, *capici?*

Azco, más de metro noventa, pelo como para hacer todas las pelucas de El Molino de la buena época y cien kilos de peso, de los que unos treinta como mínimo correspondían a un hígado sensacional, de esos que uno no sabe si donar a la ciencia o a una casa de patés al licor.

—Perdone, ¿una naranja o una Fanta de naranja? —dijo el mozo del restaurante del hotel ante las caras de «ahora se lía» de los dos comensales, que permanecían callados, pero que ya se sabían de memoria lo que iba a acontecer. A veces, los viejos matrimonios están formados por más de dos. «Sin ayuda de fuera, dos no siguen juntos». De Azco, claro.

—¿Tengo yo cara de tomar Fanta? ¿Tengo yo cara de haber venido aquí a bailar? Una puta naranja. Estamos en invierno y es tiempo de naranjas. Mira, acabo de llegar, voy a estar en este hotel cinco días, y la primera norma de la casa, de mi casa quiero decir, pero mi casa es cualquier casa, porque yo no soy maniático, es la de hacerme amigo del camarero y ser simpático, como puedes ver en estos momentos. Y yo no quiero empezar con mal pie lo que tiene pinta de ser una gran amistad entre un alcohólico como yo y un camarero que sirve alcohol como tú. ¿Cómo te llamas? —tronó la voz de barítono carajillero con extra de tequila que salía a chorro de detrás de la barba blanca de Azco.

—William.

—Bien, Billy, yo soy Azco. Encantado. Estos dos señores son don Carlos y don Bartolomé. Pues ahora que ya hemos sido presentados, vas y me traes un puto *whisky* de los caros en un vaso como los de la Nocilla. Nada de mariconadas. Sin hielo y una naranja. De las redondas, pelada, como mi polla.

Para Azco, esa era su sesión de calentamiento cuando estaba feliz. Hacía tiempo que todo le había defraudado: el periodismo, las mujeres, la salud, los museos, el cine, las colecciones por fascículos y, por encima de todo, el fútbol.

Pero cuando se encontraba con sus amigos de toda la vida en un restaurante se aferraba a un perfecto triángulo equilátero de valores inmutables en el que los vértices eran sus amigotes, Johnnie Walker en cualquiera de sus colores y la fruta. «Dadme un triángulo y moveré el mundo», bramaba en sus noches etílicas, es decir, cada noche. Estaba claro que había empezado a beber sin esperar a sus compinches. Llegaba Azco a la cena como era habitual en él: colocado y ganador. Y convencido de que el 29 de julio era invierno.

—Billy, no te vayas. Antes de traerme el pelotazo recuerda esto que te voy a decir: en las profundidades del invierno finalmente aprendí que en mi interior habitaba un verano invencible. Piénsalo, reflexiona y luego hablamos.

En cuanto el camarero se marchó con el extraño pedido anotado en una especie de calculadora absurda que toqueaba con un palillo ridículo, Spock y Collins exclamaron a coro imitando la voz ronca de Azco:

—Ahora todo es mejor que antes, menos la fruta, joder.

—Ya podéis reír, cabrones, pero es verdad. Los ordenadores son más rápidos, los niños más listos que sus padres, las niñas más listas que los niños, los jefes más cabrones, las teles se ven mejor, la radio tiene FM y el papa aprueba follar con condón. En algún sitio tiene que existir una naranja como las de antes y, si existe, yo la encontraré. Soy un tipo moderno que está a favor del progreso y acepto bien a las claras lo que dos viejos periodistas de piel de tortuga como vosotros no habéis sabido ver: estamos acabados. Los que suben son mejores, escriben mejor, no se les cuelga el ordenador y saben cambiar un cartucho de impresora.

—Ya no hay cartuchos, gilipollas, las impresoras son láser —bramó Marc Esteve, más conocido como Spock en ambientes de la prensa.

—¡Cuidao, que ya ha salido el tecnológico! —afirmó Albert Collins.

El Collins (con este apellido no hacía falta buscarle un mote) como siempre trataba de poner paz entre dos viejas

iguanas que llevaban décadas lanzándose veneno sin lograr la dosis suficiente para tumbar al adversario. Tenían que estar cinco días juntos de vacaciones después de no verse durante años, y Collins no estaba dispuesto a que la cosa se liara desde el primer momento. Ya habría tiempo para las broncas, pero a la primera toma de contacto le parecía exagerado, incluso para unos resabiados como ellos. Y en Benidorm.

«¿Qué coño hacemos en Benidorm?».

—¿Quieres ver un sable láser que recoge tóner? —gritó Azco mientras el camarero le llevaba un *whisky* con hielo en vaso de tubo que sirvió para que los tres amigos se rieran a carcajadas, Azco incluido, que, lejos de hostiar al incompetente como habría sucedido no mucho tiempo atrás, le tomó paternalmente de la mano y se lo llevó detrás de la barra. Allí, tras alejar de la acción al encargado atildado con una mirada de lobo intimidatoria que nunca fallaba, le enseñó al mozalbete cómo servir un *whisky* decente al tiempo que le estrujaba con su manaza la barbilla como si fuera un Calippo y, reposando la otra sobre el hombro del muchacho, le dijo solemnemente:

—Hijo, jamás te fíes de los que te pidan el café con azúcar, un cortado, un *whisky* con hielo ni de los socialdemócratas. Huye de ellos como del diablo. Y, otra cosa, ¿has reflexionado sobre eso de que en las profundidades del invierno finalmente aprendí que en mi interior habitaba un verano invencible?

—Jefe, que es mi primer día. Si no me aclaro con los hielos, los vasos y las belgas del bingo, no voy a estar dándole palique con las frases de mierda de Albert Camus.

Y Azco abrazó a Billy, lo levantó del suelo hasta que los pies pedalearon en la nada y lo besó en la frente.

—Bendito seas, hijodeputacamus.

Volvían a estar los tres juntos, de vacaciones. O algo así. Pero la pregunta estaba clara.

—Estaréis pensando qué coño hacemos aquí. Os lo voy a explicar. Punto uno: estáis aquí porque os lo he pedido. Punto uno b: os lo pedí con mentiras, pero ahora os lo explico. Punto uno c: porque nos queremos. Punto dos: siempre quisimos ir de vacaciones juntos cuando éramos jóvenes, y como ya no lo somos, he decidido que ya era hora de encontrarnos, sacaros de la mierda de vida que lleváis y traeros a un sitio adecuado a nuestra decadente condición para poder pasar unos días sin vuestras odiosas familias. Ya me daréis las gracias luego. Cada vez que quedamos, que es de tarde en tarde, nos lo pasamos muy bien, nos emborrachamos, nos drogamos, hablamos y volvemos a ser felices como hace la hostia de tiempo que no lo somos. Y siempre acabamos diciendo lo mismo. ¿Qué decimos, eh?

Nadie dijo nada, pero Collins y Spock se miraron y Azco reveló su pensamiento en voz alta, quizás demasiado elevada:

—Que hay que quedar más y estar más tiempo juntos. Y como no os decidíais, he tomado las riendas del asunto. Y ahí es donde volvemos al punto uno b.

—¿El de la mentira?

—La verdad, como la luz, ciega; la mentira, por el contrario, es un bello crepúsculo que realza cada objeto.

—La turra que está dando el caballero con Camus. Le dejo la botella, que me reclaman en la sala del bingo con las belgas —dijo el camarero mientras Collins y Spock se miraban fijamente desafiándose para ver quién sería el primero en decir que esa misma noche se iban de ahí.

Ante el tenso silencio fue Spock quien habló:

—Hemos venido porque nos dijiste que te casabas la semana que viene en Alicante. Enviaste una invitación en la que especificabas que..., y leo textualmente —dijo conectando la *tablet* que siempre lleva encima—:

Estimados amigos del alma:

Lo vuelvo a hacer.



Me caso.  
Esta vez es la definitiva.  
En Alicante.  
Es millonaria.  
Viuda.  
La quiero bastante.  
No me deja salir mucho.  
Tiene un hotel en Benidorm.  
Me lo deja para mi última cena.  
Me gustaría que fuera con vosotros.  
Todo pagado por cinco días.  
A la boda ni os acerquéis.  
Os tengo que explicar algo sumamente grave.

Silencio.

Trago largo de *whisky* de Azco.

—Algo de verdad hay. Y, además, está en el final del mensaje, que es lo que queda. Comencemos por ahí: os digo textualmente que os tengo que contar algo sumamente grave. Pues bien, se trata de algo muy duro y que os tengo que decir a la cara: todo lo anterior a la última línea es mentira. Especialmente, lo de que está todo pagado, pero es que si no es así no os veo nunca. Obviamente, tampoco me caso. Y no, no soy millonario. Pero sé que eso no os importa. No vendríaís por dinero. Me queréis y el amor verdadero no se paga con dinero.

Spock y Collins se miraron de nuevo como si fueran los Roper. Dejaron la servilleta sobre la mesa con un gesto como el que enseña una escalera de color después de jugarse lo que no tiene, se levantaron a la vez como si hubieran ensayado una coreografía y, retirando ruidosamente las sillas, se acercaron a su amigo. Lo crucificaron con la mirada y le quitaron la botella de Johnnie Walker.

Y le abrazaron.

—Habrà que pedir otra, ¿no, hijodelagranputa?

Esta vez no solo lo pensaron, lo dijeron los dos a la vez.

—Un alcohólico es alguien que no te cae bien y que bebe tanto como tú —se limitó a decir Azco mientras sus amigos volvían a sus asientos. Lo pronunció en voz muy baja. Podría haberlo pensado, pero quería oírlo. Trató de modular el vozarrón para darse el gusto personal. Como cuando a última hora, solo en la redacción, acababa un artículo que sabía que era cojonudo y se leía a sí mismo en voz muy baja la última frase.

—Hombre, pasamos a Dylan Thomas, este le va más que Camus —comentó Billy el camarero desde atrás mientras apelotonaba unas sillas.

Sin decir una palabra, Spock y Collins adelantaron mentalmente la jugada de su compañero:

—¡Cómo está el servicio! —bramó Azco ante la mirada del matrimonio reconciliado.

—Nos tomamos la espuela, ¿no?

## ME CAGO EN EL DISEÑO

Unos niñatos tuvieron la inmensa suerte de estar en el sitio perfecto en el lugar indicado. Sin saber muy bien cómo, acabaron en la redacción de un periódico en Barcelona a mediados de los años ochenta. Un diario con muchísimo más prestigio y pasado que futuro, pero a eso ya llegaremos. Ganaban un pastón por hacer lo que siempre soñaron desde que descubrieron a tiempo que no servían para nada que no fuese estar en una redacción. Ya fuera para llevar el botijo, hacer cafés, recortar revistas alemanas para fusilar los artículos con absoluta impunidad y responder el teléfono que nadie quería atender.

Los tres hicieron todo eso, pero al mismo tiempo convivieron con la mejor generación de periodistas que haya existido. Tipos que se sentían responsables de la transición y de que el mundo dependía de ellos, que estaban convencidos de que habían sido parte del cambio de un país.

Aprendieron un oficio, porque siempre consideraron que lo que hacían era un oficio que se aprende en el taller, no en la facultad. Los tres se encontraron en el ambiente ideal: trasnochador, activo, con mucho alcohol y lleno de gente interesante. Pero no podía durar mucho el sueño. La edad de oro del periodismo, de las empresas periodísticas, mejor dicho, se fue al garete. O a la mierda. Siguieron juntos pasando de diario en diario, de cierre en cierre, de huelga en huelga, y descubriendo que el vaticinio que oyeron a uno de los veteranos de la redacción se confirmaba en toda su crudeza: «Las huelgas de periodistas son un pro-

pósito absurdo por dos razones que clasificaremos así: a) el público no necesita para nada los periódicos, y b) los periódicos no necesitan para nada a los periodistas. Una huelga de periodistas es algo así como una huelga de cesantes».

Como el roce hace el cariño, se convirtieron en compañeros inseparables: el técnico, el redactor político y el de deportes empezaron como el «grupo de los niños» hasta llegar a ser, con el paso del tiempo, el núcleo duro de cualquier redacción que los acogiese. Pero el tiempo de vino —mucho— y rosas —pocas— se apagó y cada uno siguió su camino. Al principio se encontraban a menudo. Cenas semanales que pasaron a ser mensuales y luego semestrales. Hasta que, mediante la treta de Azco, ahí estaban. En el putito Benidorm. Puestos a hacer algo raro, quizás, el mejor sitio posible.

Invitados cortesmente a seguir la «espuela» en la terraza después de que les hicieran entender que había que empezar a limpiar el comedor y que, además, no se podían fumar puros en la sala, los tres compañeros se habían puesto al día con la facilidad acostumbrada. Acababa de suceder uno de esos momentos en los que se daban cuenta de que, por mucho tiempo que hubieran pasado sin tener noticias unos de otros, todo fluía como si la última vez que se hubieran visto hubiera sido en la comida.

El resumen de la situación era el siguiente:

Collins trabajaba ahora como director de comunicación, *dircom*, le llamaban, de una gran empresa farmacéutica que facturaba millones. Una parte ínfima pero sustancial de esas ganancias repercutía en un sueldo casi pornográfico del que Collins no hacía ningún alarde. Vivía cómodamente con su mujer y sus tres hijas y se aburría como una ostra. Era perfectamente consciente de que la farmacéutica lo había contratado porque era una cara conocida de la televisión. Tantos años en el canal autonómico presentando las noticias le habían otorgado ese carisma de tipo que siempre dice la verdad. En un cambio de gobierno o en una pe-

lea con el *conseller* o en un ataque de tedio, o todo combinado, nunca quedó claro, Collins decidió un día dejar de salir en pantalla a contar a los catalanes lo que pasaba en el mundo. Cobró una jugosa indemnización con la idea de retirarse a la casita que tenía en el Empordà, pero antes de que se lo pudiera plantear en serio llamó a su puerta la empresa farmacéutica, y una semana después ya estaba instalado en un despacho gigante en un edificio de cristal en la parte alta de Barcelona y asistiendo a reuniones en las que no entendía ni papa de lo que estaban hablando. Como decía el mismo compañero que consideraba que las huelgas de periodistas no servían para nada: «Si el periodismo puede enriquecerle a uno es a condición de que uno abandone el periodismo».

Quedaba claro que para lo único que lo querían era para acompañar a los altos ejecutivos de la empresa en comidas con los principales directores de diario, columnistas o políticos con los que después de tantos años en los noticieros había entablado relación. Tanto daba que no tuviera ni idea de pastillas, licencias, ensayos clínicos o ferias químicas. Le pagaban por su agenda y, por fin, volvía a tener un horario y fines de semana libres. Por fin podía dedicarse a su familia, a sus hijas, principalmente, a las que no había visto crecer. Cuando se plantó en casa con la indemnización fresca en la cuenta del banco y le propuso a la familia ir de vacaciones todos juntos a Nueva York, a ninguna de sus tres hijas le iba bien. Una se largaba con el novio, la otra se había apuntado a un campus de básquet y la tercera quería irse a estudiar inglés a Irlanda con sus amigas de la clase. Él mismo había pagado ese cursillo hacía una semana y ni se acordaba.

—Y, claro, no es cuestión a estas alturas de irse de vacaciones con tu mujer —bramó Azco.

—Pues sí, fuimos con otras dos parejas amigas de Olga.

—¿Y qué tal?

—Una puta mierda.

Spock, en cambio, tenía una noticia fabulosa. Para él, todas las noticias eran fabulosas o deprimentes. Nunca había un término medio. Normalmente, las fabulosas tenían que ver con las mujeres. El problema estaba en que las desastrosas también. Y desarrollaban entre ambas un espacio de tiempo cada vez más corto. Es decir, cada noticia desastrosa se acercaba cada vez más en el tiempo a una fabulosa con los mismos protagonistas.

Esta vez, sorprendentemente, la noticia fabulosa no tenía nada que ver con las mujeres. Tenía que ver con la perspectiva de un nuevo trabajo. Spock contó a sus amigos que dejaba de programar por libre y de colaborar en medios de comunicación como responsable de que las redacciones cada vez fueran lugares más parecidos a un banco y menos a un periódico, y que pensaba aceptar la oferta de una compañía de telecomunicaciones que le ofrecía trabajar en un proyecto de desarrollo de *big data*. La noticia desastrosa llegó de inmediato. Estaba claro que su capacidad para juntar las noticias malas con las buenas llevaba camino de desconcertar al propio Hawking por cómo las comprimía en el tiempo: sus jefes apenas tenían veinticinco años. Ni él mismo se explicaba cómo le habían contratado para formar parte de un equipo que él definía como de «incultos absolutamente brillantes».

—Bueno, si con esta empresa haces como con las otras donde has trabajado, por lo menos rendirás un servicio al país.

—La verdad, Azco, es que esta sí que me enorgullecería cerrarla, pero esta vez no, esta vez trabajo en el mismo centro de Mordor y el mal es indestructible. Soy un orco más.

—Un orco viejo.

—Y ¿hay tías? —preguntó hábilmente Collins, demostrando que su instinto periodístico seguía en plena forma.

—Tío, estamos hablando de una empresa de tecnología. Lo que hay es mucho pajillero.

—Cuando tengáis la cena de Navidad, avisa. No me pierdo esa juerga por nada del mundo.

—Ya no me divierto tanto, pero gano más dinero.

—Claro, ya no trabajas con tías.

El cinismo de Azco seguía en plena forma. Más después de que, tras tomarse el café, el camarero Billy le hubiera llevado una nueva botella con etiqueta negra acompañada de un perfecto vaso bajo de *scotch*, y que, cuando salieron a la terraza a fumar, el mismo camarero optara por dejar la botella en la mesa.

—Chico listo, harás carrera —le dijo Azco mientras le alargaba un billete de veinte euros.

No le pasó desapercibida a Azco la mirada de reprobación de sus compañeros ante su inusual gesto de generosidad.

—¡Cuando os tenga enseñados os iréis a trabajar a la competencia! A los camareros, a los recepcionistas y a los botones de hotel es básico caerles bien desde el principio. Son los que te pueden salvar la vida. De ellos depende que recuperes lo que te has dejado en la habitación, que distraigas toallas, que en la factura de gastos de bar ponga «comida» para poderlas pasar al periódico y...

—Y que te dejen subir fulanas a la habitación.

—Sí, y también que te dejen subir fulanas a la habitación. Pero ahora ese ya no es mi caso. Ahora me conformo con el servicio. Cada vez valoro más el servicio y menos la comida. Convendremos que el nivel de la comida en los restaurantes ha bajado tanto que más o menos ya se come igual de mal en todas partes. Por tanto, puestos a comer mal, lo que importa es que te traten bien. Y eso tiene un precio que no me importa pagar.

Si bien Azco acumulaba una enorme experiencia en fulanas de todo tipo, desde profesionales a *amateurs* compensadas, lo cierto es que hacía tiempo que esa querencia al extravío carnal había quedado solapada por el peso de los años. Las pulsiones sexuales que le habían costado dos